

La guardería: Cuando la voz de los hijos comienza a ser escuchada

THE NURSERY: WHEN THE CHILDREN'S VOICE BEGINS TO BE HEARD

La guardería, 2016

Directora: Virginia Croatto

La guardería (2016), documental de Virginia Croatto, cuenta la historia de una experiencia de la militancia montonera argentina y sus hijos e hijas, quienes fueron llevados a un hogar colectivo en Cuba para protegerlos de la represión, tras la orden de la dirigencia del partido que mandató a militantes entrenados regresar al país desde 1978 en la llamada “contraofensiva”. La obra es un relato coral en el que se cruzan los testimonios de los adultos y los entonces infantes respecto de lo que este espacio colectivo de crianza significó para cada uno.

A través de testimonios, lectura de cartas y grabaciones de la época, imágenes actuales y pasadas, se reconstruye esta historia en la que lo público y lo privado se entrelazan, permitiendo comprender aspectos subjetivos de la militancia de la nueva izquierda revolucionaria del Cono Sur, que todavía son escasos en los relatos hegemónicos sobre el pasado reciente, y abriendo la pregunta por ese pasado a la segunda generación, actores secundarios que se vuelven protagónicos con el uso de la palabra. La directora del documental es también una hija de militantes montoneros y otrora habitante de la guardería, cuestión que marca el hilo de la narración desde el lugar de quien conoce la experiencia no solo en términos históricos sino también corporal y emocionalmente, contando además con el permiso social –dado su lugar de enunciación– para realizar

incómodas interpelaciones a la militancia de entonces, progenitores de los hijos e hijas que hoy hablan.

Eran los tiempos de la revolución a la vuelta de la esquina, una época en que la transformación radical no solo era vista como algo deseable, sino probable y que, por tanto, bien valía hacer sacrificios para alcanzar la victoria. Héctor Dagoevich, exmontonero, indica sobre las dudas respecto de dejar a los hijos e integrarse a la nueva estrategia: “Si no íbamos en la contraofensiva perdíamos el tren de la historia”. Esta noción del papel histórico que les tocó, unida a rígidos mandatos militantes en una organización vertical, es refrendada por Estela Cereseto: “A mí me daba culpa no bancarme la contraofensiva, lo vivía como cobardía o falta de... una debilidad ideológica”.

El mandato para convertirse en “buenos militantes” implicaba el abandono de todo lo personal y privado por aquellas cuestiones colectivas y públicas que acelerarían el triunfo revolucionario. Proyectos profesionales, parejas, familias, hijos e hijas debían quedar relegados a un lugar secundario si se quería demostrar que el compromiso era total. La ofrenda del propio cuerpo, a través de la aceptación de la posibilidad de morir, era la evidencia concreta de esta entrega total a la causa, incluso a costa de los propios deseos, temores y dudas. En el caso de Montoneros, esta ofrenda se hizo concreta en la contraofensiva, cuando la militancia regresa con una pastilla de cianuro a la mano y el compromiso de tomarla antes de caer en manos del enemigo, resguardando así lo más preciado que no es la propia vida, sino la seguridad del proyecto revolucionario y con ello su continuidad.

La moral militante, que caracterizaba a estos revolucionarios y buscaba diferenciarlos de la sociedad burguesa que combatían, se evidencia no solo en el regreso a Argentina, con los peligros que esto significaba y el dolor de dejar a los hijos quizá para siempre, sino también en cómo los infantes asumían su propio papel en la lucha, a modo de “pequeños compañeritos”.

Mariana Chaves Remella recuerda saber que estaba en Cuba y separada de sus padres porque “perteneíamos a la organización Montoneros que era una organización del peronismo en la Argentina y estábamos luchando por la liberación nacional”. Acá el “perteneíamos” es central, en tanto evidencia cómo los infantes asumían ser parte de la causa y los sacrificios que ello implicaba a pesar de la corta edad que tenían.

Otra de las niñas de la guardería, Fernanda Raverta, señala sobre su aprendizaje tras esta experiencia: “Atravesar lo colectivo para mí es sentir que somos felices todos o no es feliz nadie. O hay para todos o no hay para nadie”. La frase resuena mucho más dura viviendo de la hija de una detenida desaparecida en 1980, porque la importancia de lo colectivo asume que perder a la madre es parte de ese sacrificio necesario para que “haya para todos”. Pertenecer a la organización revolucionaria siendo infantes implica poner una cuota de sacrificio personal también: compartir los juguetes, la ropa, pero también aceptar la pérdida momentánea —y en algunos casos para siempre— de padres y madres, en la medida que mejorar el mundo para otros requiere de estas ausencias personales.

El sacrificio y la responsabilidad de ser parte de este proyecto político no es una opción para estos niños y niñas, sino un mandato que se les hereda y transmite a través de cartas, casetes, enseñanzas. Una madre le escribe a sus hijos: “Queremos sí que lleven la bandera que hoy nosotros levantamos”, “hemos elegido este camino y ustedes caminan junto a nosotros”. El camino lo eligieron los progenitores, ellos levantaron la bandera en su tiempo, sin embargo, encargan a esos hijos la responsabilidad de llevarla en el futuro y para eso el camino se recorre juntos. El encargo de continuar con la bandera de lucha es fuerte ante la ausencia de padres y madres y se acrecienta cuando viene de aquellos que nunca pudieron regresar.

Esta noción de que hubo adultos que tomaron una decisión se evidencia en las palabras del montonero que tuvo por misión alegrar a estos pequeños en la estadía colectiva en La Habana, disfrazándose de la “tía Porota” para contarles historias y hacerlos reír. Hugo Fucek reflexiona: “Sabía lo que era un chico que no eligió estar ahí, sino que la vida, la decisión de sus padres lo puso ahí. Yo sí elegí estar ahí, entonces tenía que poner más para que esa elección que los chicos no habían tenido la llevaran de la mejor forma posible”.

Amor Perdía, hija de un dirigente, también hace referencia a no haber elegido lo que les tocó vivir: “Aquello no fue elegido [...] pero fue la cotidianidad, la protección, la supervivencia, fueron los afectos durante un tiempo. Cuando arranca ¿quién te dice que adelante es mejor?”. No hubo elección y, sin embargo, fue un momento —en la convulsa historia de estos otrora infantes— en que hubo cotidianidad, dejaron de ocultar sus nombres, pudieron estar orgullosos de sus progenitores y fueron familia.

El documental recorre lo que fue esta historia con la complejidad que implica y con la ambivalencia de hijos e hijas que admiran pero que también tienen hoy una mirada adulta más crítica sobre las elecciones de los progenitores. Elecciones que radicaban en una promesa, tal como señala la carta de una madre: “Lo que queremos es que el camino para ustedes sea más fácil y más hermoso de andar”, “ustedes van a tener la responsabilidad y la gran felicidad de vivirla”.

Mariana Chaves concuerda con que los entonces infantes “estábamos totalmente convencidos de que estábamos luchando por una causa que era para el bienestar del pueblo, para que todo estuviera mejor. Y, durante muchos años, el supuesto es que eso lo íbamos a vivir nosotros”. No obstante, el retorno evidenció, para quienes fueron parte de la guardería, que la realidad no fue como lo habían imaginado los niños ni vislumbrado por los padres: “Yo llegué acá y me di cuenta de que nadie tenía ninguna idea de una revolución. Y me di cuenta de que todo lo que había hecho, todo ese sacrificio, todas esas cosas no existían”, relata Mariana. Argentina no era el país idílico del que les hablaron, la palabra “Cuba” no era mencionada y debieron clandestinizar sus historias para no importunar. El hogar colectivo militante se cambió por la familia sanguínea argentina que los recibió y que no necesariamente compartía las opciones de padres y madres.

Quizá lo más difícil de este relato coral es la palabra que ronda en los testimonios, los silencios, los ojos humedecidos: abandono. No siempre se dice y, sin embargo, está presente como sensación constante. Fernanda recuerda la máquina que querían inventar a los diez años para devolverles la vida a los padres y madres que no regresaron. Lucía Zverko señala emocionada: “La parte más dura sigue siendo la sensación de estar lejos de los papás. Asumo que en un punto éramos muchos chiquitos con la misma sensación, entonces a la adulta que soy hoy la angustia un poco esa sensación de los niños”. Paula Herrera Lascano es más clara: “La palabra abandono es una palabra que ronda para muchos esta historia. Y para mí también”. La palabra –prohibida socialmente aun para quienes fueron y son espectadores– tiene autoridad en la boca de los propios hijos e hijas. Imposible cuestionar este sentimiento cuando nace de los recuerdos propios de la infancia y cuando se vive una adultez con las consecuencias de esa historia.

Estos son relatos difíciles. Para los padres y madres, porque, tras la derrota política y la promesa incumplida de una patria revolucionaria, resulta necesario explicar la decisión tomada. Para los hijos e hijas, pues sienten que para los progenitores es aún más duro asumir lo que hicieron para cumplir con la militancia y ser fieles al proyecto de la revolución. Hicieron amigos y familia en esta experiencia, pero también alojan un vacío irreparable. Mariana concluye con una perspectiva más integradora, en la que si bien asume que la responsabilidad de lo vivido es de los adultos, finalmente la vida que le tocó le permitió construirse en el ser humano que es actualmente: “Yo creo que las personas siempre tenemos al menos dos opciones. De hecho la mayoría de la población hizo otra cosa. Existía esa posibilidad. Ahora, a mí me gustan los viejos que yo tengo. Y los viejos que yo tengo vienen con este paquete”.

La guardería finaliza con imágenes de una reunión familiar en la que se reencuentran quienes fueron parte de esta experiencia: los adultos militantes de entonces, los hijos e hijas y también nietos y nietas que portarán en sus memorias esta historia personal y a la vez colectiva; quizá para ser transmitida en un futuro, cuando más oídos estén prestos a escuchar a una segunda generación que –con ya más de cuarenta años- comienza a tomar la palabra cada vez más fuertemente en Argentina a través de obras creativas: documentales, películas, novelas, textos narrativos mediante los que se permiten decir aquello que una parte de la militancia se resiste a oír. Memorias molestas y, sin embargo, absolutamente necesarias si la memoria se piensa como herramienta para construir mejores futuros colectivos.

TAMARA VIDAURRÁZAGA

Instituto de la Mujer

tamaravidaurrazaga@yahoo.es